

## LA CASA DE OHANDO

A la entrada del pueblo nuevo, en la carretera, y por lo tanto, fuera de las murallas, estaba la casa más antigua de Urbia: la casa de Ohando.

Los Ohandos constituyeron durante mucho tiempo la única aristocracia de la villa; luego algunos reveses de fortuna y la llegada de otras familias ricas les quitó la preponderancia que habían tenido.

En la casa solar, sobre el gran balcón del centro, campeaba el escudo de los fundadores tallado en arenisca roja; se veían esculpidos en él dos lobos rampantes y un roble en el fondo.

La familia de los Ohandos se componía de la madre, doña Águeda, y de sus hijos Carlos y Catalina.



Doña Águeda, mujer de muy poco carácter, estaba dominada en las cuestiones de la casa por alguna criada antigua y en las cuestiones espirituales por el confesor.

Carlos de Ohando el hijo mayor de doña Águeda, era un muchacho obscuro, tímido y de pasiones violentas.

A Martín Zalacaín le había odiado desde pequeño.

Catalina era pizpireta, alegre y muy bonita.

Una de sus amigas era Ignacita, la hermana de Martín.

Catalina y Martín se encontraban muchas veces y se hablaban. Muchas veces, en el mes de Mayo, cuando pasaban Tellagorri y Martín por la orilla del río, al cruzar por detrás de la iglesia, llegaba hasta ellos las voces de las niñas, que cantaban en el coro las flores de María.

Escuchaban un momento, y Martín distinguía la voz de Catalina,

— Es la de Ohando --decía Martín.

— Si no eres tonto tú, te casarás con ella --replicaba Tellagorri.

Y Martín se echaba a reír.